

MI FAMILIA

Mi familia es una de las más antiguas del mundo. Algunos genealogistas han supuesto que es anterior a la llegada de Eva al Paraíso, pero eso prefiero callármelo por humildad.

Todos conocen mi familia como si fuera la propia hasta el principio del siglo XIX. Por eso voy a explicar la parte menos divulgada, yendo de adelante atrás, como se hace en estos casos.



1 Aunque humille a Francia, debo decirlo. Napoleón no se metía la mano en el chaleco, sino que se la metía en la bragueta, que le llegaba hasta cerca de las tetillas. Lo sé de buena tinta. Un antepasado mío era el sastre que le cosía los pantalones a Napoleón.



2 Otro antepasado mío estuvo emparentado con los Guisas. No, no fue su cocinero. Un antepasado mío se arrodilló en el mismo baldosín donde el abate Terray se arrodilló ante el Rey en 1769. Días antes, mi antepasado había estado solando el pavimento.



3 Cuando Lutero hacía de las suyas quemando bulas, otro antepasado mío era encendedor mayor de todos los autos de fe en los reinos de Granada, Murcia y Cartagena.



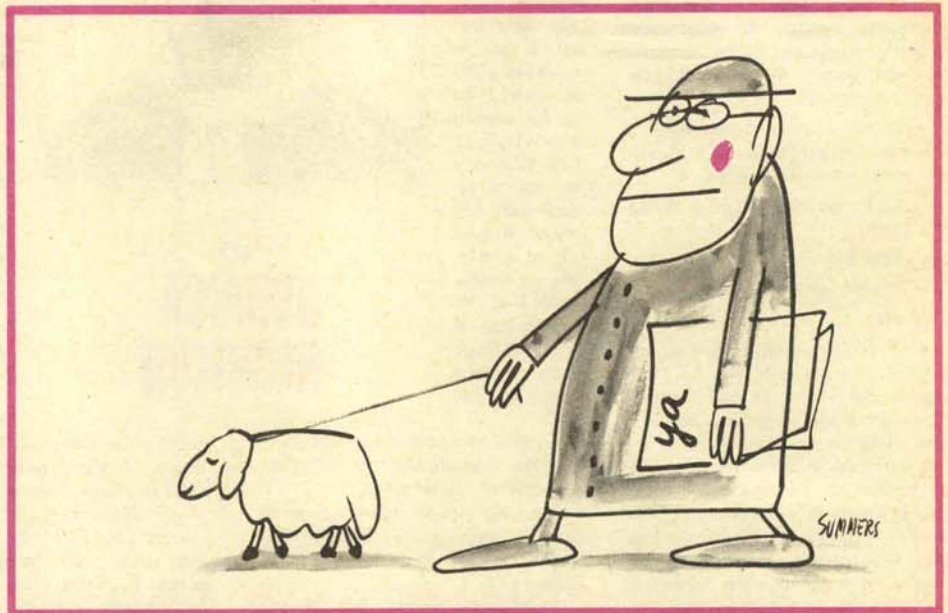
4 Mis antepasados se codeaban con la más alta nobleza en el siglo XIV. Fueron enterradores de palacio, y se dice que tuvieron tal intimidad con los grandes hombres, que al encontrarse en el Más Allá se hablaron de tú a tú, como si tal cosa.



5 Mis parientes estuvieron en las Cruzadas. Una antepasada mía fue la que importó de Jerusalén ese tinte moreno que siempre ha distinguido a los que llevamos la sangre de que estoy hablando.



6 Y por último les diré que cuando Solón era tenido por sabio, mis padres, que tenían entonces una mercería en Palencia, dijeron la famosa frase que otras bocas han repetido más tarde: «Que inventen ellos». Si no llega a ser por esa frase, quizá podríamos haber tenido nosotros el Partenón en la madrileñísima plaza de la Cebada.



UN DIA COMO OTRO CUALQUIERA

Serían las dos y cuarto de la madrugada cuando a la puerta del Pub de Santa Gárgara, un lumpen-razapaz voceaba a voz en cuello: «¡Bigotes subversivos! Cada bigote lleva como regalo las pastas del libro "Estructuralismo vertical", de Wolfran Swez». Un poco más abajo, una lumpen-gitana, con un lumpen-niño de teta-lumpen al hombro, ofrecía «Eramos pocos y parió la abuela», basado en la experiencia de la comuna H-1 (Heredia-1), del Pozo del Tío Segundo.

A duras penas logré sortearlos. Ya con el pomo de la puerta en la mano me arreglé los cabellos lúdicamente y entré. Eché una ojeada como si buscara a alguien. Al no encontrarlo me dirigí hacia el fondo donde, detrás de una columna, entreví un grupo que por su aspecto me pareció abierto al diálogo, sobre todo, una joven que por su forma de cruzar las piernas mostraba su actitud ácrata ante la vida.

Me senté, encendí la cachimba y, por hacerme el raro, empecé a tatarrear aquello de «No me gusta que en los toros te pongas la mini-falda». Miré de reojo y era el vivo retrato de

mi madre. Pensé con el freudiano Gabriel y Galán (1) «Quise ser como mi padre era y buscar una mujer como mi madre».

Un joven pitañoso, pequeño burgués, tirando a bajo, trataba de superar su desclasamiento sexual (2) manoseando el muslo de mi desconocida. No pude soportarlo y confieso que me dejé llevar por mis impulsos sadonarcisistas. Me levanté, fui hacia el impostor y descargué con toda mi furia mi puño cerrado sobre su cabeza. Cuando desperté en el clínico, mi madre y mi padre estaban sentados a la cabecera de mi cama. El tenía la cabeza vendada, mi madre leía «El origen de la familia» (3) con toda sencillez.

VICENTE EL INDEPENDIENTE

- (1) Gabriel y Galán.—Estructuralista extremeño.
 (2) Desclasado sexual.—Que no come rosca.
 (3) «El origen de la familia», de F. Engels. Para mejor comprensión de la problemática les remito al conocido «Quién supiera escribir», de don Ramón de Campoamor.

